





# La novena hora



# Alice McDermott

## La novena hora

Traducción de Carlos Manzano

Primera edición, 2018

Título original: *The Ninth Hour*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 2017 by Alice McDermott

© de la traducción, Carlos Manzano, 2018

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Alamy / Cordon Press

Fotografía de la autora: © Will Kirk, Homewood Photo

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17007-40-9

Depósito legal: B.8.281-2018

Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*Para la hermana Mary Rose,  
de la Congregación del Niño Jesús*





## Estos días cortos y oscuros

El 3 de febrero fue, todo él, un día frío, húmedo y oscuro: lluvia fina y fría por la mañana y cielo bajo y grisáceo durante toda la tarde.

A las cuatro, Jim convenció a su esposa para que saliera a hacer compras antes de que se hiciese de noche. Al cerrar la puerta, le dijo adiós con un gesto tierno de la mano. El pelo le clareaba y le faltaba un canino de la derecha, pero, aun así, era un hombre apuesto que, a sus treinta y dos años, aún aparentaba veinte. Tenía cejas espesas, ojos hundidos y pestañas oscuras que desde sus dieciséis años habían dejado sin aliento a las mujeres. Aunque llegara a quedarse calvo y sin dientes, cosa a la que parecía estar abocado, los ojos conservarían su pres-tancia hasta entrada la vejez.

Su abrigo estaba en el perchero junto a la puerta. Lo cogió y lo enrolló a lo largo de sus muslos. Después lo encajó en el umbral, remetiéndolo mejor que pudo la tela de las mangas y el dobladillo en el espacio que quedaba bajo la puerta. La distribución de su piso era en enfilada: la cocina en la parte trasera, el comedor y el cuarto de estar a continuación, y el dormitorio en la

delantera. Bastaba con que empujara un poco el pesado sofá por la pared para impedir el paso de su esposa, cuando regresase. Se subió a él para cerciorarse de que el montante de cristal por encima de la puerta estaba bien cerrado. Después bajó, enderezó el encaje del respaldo y allanó la huella que su pie había dejado en el asiento de crin.

En la cocina, pegó la mejilla al frío esmalte del fogón y deslizó la mano por el estrecho espacio entre este y la pared amarilla. Buscó a tientas un poco. Ahí detrás mantenían una ratonera cebada, o al menos así había sido en el pasado, por lo que se anduvo con tiento. Encontró el tubo de goma que conectaba el horno con la espita del gas y tiró de él con toda la fuerza que le permitía el reducido espacio. Oyó con satisfacción un leve estallido y un silbido que se apagó al instante. Se irguió con el tubo en la mano. La ventana de la cocina daba al gris patio en el que, cuando hacía mejor tiempo, había líneas de ropa tendida al sol, aunque el profundo suelo era, aun con el mejor tiempo, un depósito de chatarra y una jungla. Había ratas, somieres y cajones rotos. Era una maraña de vegetación urbana: un árbol moribundo, parras negras, un simulacro de jardín abandonado mucho tiempo atrás. Todas las voces que se elevaban de sus profundidades eran las de personas que no inspiraban confianza: traperos, borrachos díscolos y similares. En cierta ocasión, Annie, sentada en el alféizar y con una pinza de tender en la boca y una cesta de ropa recién lavada a sus pies, vio a un hombre arrastrar a un niño pequeño por el barro y atarlo al tosco poste que sostenía la ropa tendida. Lo observó quitarse el cinturón y, al oír el primer chasquido en las desnudas pantorrillas del niño, empezó a gritar. Le lanzó las pinzas de la ropa y

un tiesto con una hiedra plantada y después la palangana metálica, llena de agua jabonosa. Asomada hasta la cintura a la ventana, amenazó con llamar a la policía, a los bomberos y a la Gerrity Society. El hombre, como movido tan solo por un cambio del tiempo, una lluvia repentina, levantó la vista brevemente, se encogió de hombros y después desató al niño, que sollozaba, y se lo llevó. «Yo a ti te conozco», gritó Annie, aunque no era verdad. No le costaba mentir. Aquella tarde, pasó una hora recorriendo la calle y esperando a que el hombre y el niño reaparecieran.

Cuando Jim corrió a la cocina al oír sus gritos, ella tenía medio cuerpo fuera de la ventana y solo un dedo del pie en el suelo. Tuvo que cogerla de las caderas para que no se cayese. Era uno de tantos días en que él no había ido a trabajar o había llegado demasiado tarde a su turno.

Su problema era el tiempo: mala suerte para un ferroviario, aunque fuera de la BRT. Su problema consistía en que le gustaba rechazar el tiempo. Le encantaba hacerlo. Llegaba al final de una larga noche, a la inevitabilidad de las cinco de la mañana —ese límite, ese abrupto muro contra el que chocaban todos los placeres nocturnos (la bebida, la charla, el sueño o la cálida carne de Annie)—, y, mientras que otros hombres, pobres borregos, se rendían todas las mañanas, se volvían corderitos en el carril que conducía de los placeres del sueño, la bebida, la charla o el amor a los deberes diarios, él había sabido desde la infancia que podía continuar, con la mayor despreocupación, con los ojos cerrados, como deseaba. «No voy a ir», bastaba con que murmurara. «No voy a some-terme.» Desde luego, no siempre se trataba de rechazar

el día entero. A veces el simple placer de llegar con una o dos horas de retraso era suficiente para recordarle que, al menos él, era dueño de sí mismo, que las horas de su vida —¿y qué otra propiedad tenía más preciosa?— tan solo le pertenecían a él.

Dos semanas antes, lo habían despedido por su informalidad e insubordinación. Dentro del caparazón de su carne, el hombre que era —no el torpe niño ruborizado y humillado que tenían ante sí— se limitó a sacudirse el golpe y se marchó, indiferente y libre, pero, cuando él se lo contó, Annie lloró y después dijo, irritada y entre lágrimas, que estaba embarazada, si bien sabía, en el preciso momento en que lo decía, que darle la noticia de ese modo era condenar al niño a una vida difícil.

Cogió los paños de cocina que ella había dejado a secar en el fregadero, los retorció y los colocó a lo largo del alféizar de la ventana de la cocina.

Llevó el tubo de goma por el cuarto de estar y hasta el dormitorio. Se quitó los zapatos y se puso el tubo en la boca como para dar una calada. Lo había visto en un libro ilustrado de su casa: un sultán grueso y recostado en un almohadón rojo hacía algo parecido. Se sentó en el borde de la cama, bajó la cabeza y rezó: *Ahora y en la hora de nuestra muerte*. Se echó para atrás en la cama. La habitación se había oscurecido aún más. *Hora de nuestra. Nuestra hora*. En su casa, su madre, con el libro ilustrado abierto sobre su amplio regazo, alargaba la mano detrás de él para poner el reloj mirando a la pared.

En aquella misma hora volvería a apoyar la cabeza en el hombro de ella. ¿De verdad lo haría? Había momentos en que su fe lo abandonaba y caía como por una trampilla. Se puso de pie. Encontró su camisa de dormir

bajo la almohada y también la retorció. Después la colocó a lo largo de la única ventana y también la encajó en la estrecha hendedura entre el marco y el alféizar, aun sabiendo que ese gesto era ineficaz e innecesario.

Abajo, en la calle, había mucho movimiento; la mayoría eran mujeres, porque las tiendas estaban abiertas hasta tarde y los oficinistas aún no habían empezado a desfilan camino de sus casas: abrigos y sombreros oscuros, uno o dos cochecitos de niño, cuyas ruedas salpicaban con un agua pálida. Vio a dos monjas con capas negras y griñones blancos, las cabezas juntas y gachas, pasar rozando la gris acera. Las observó, con la mejilla pegada entonces al fresco cristal de la ventana, hasta que desaparecieron. Cuando se volvió a mirar la habitación, no quedaba rastro de luz y, al rodear la cama para volver a su lado, tuvo que alargar las manos.

Volvió a tenderse. Levantó y dirigió, jugueteón, el tubo a un ojo, como si pudiera ver a lo largo del oscuro pasillo de un túnel del metro, con una luz dorada en el extremo más alejado de la próxima estación. Después se llevó el tubo a la boca y volvió a inhalar profundamente. Sintió la náusea, el vértigo repentino, que había estado esperando todo el tiempo, pero había olvidado. Cerró los ojos y tragó. Fuera, una madre llamó a un niño. Se oyeron los lentos pasos de un caballo y el ligero sonido de ruedas de carro que giraban por el agua de la calle. Algo —una cesta de costura, tal vez— cayó al suelo en el piso superior al suyo, se oyó un golpe sordo y después un áspero coro de carretes de madera que se devanaban o tal vez fueran monedas derramadas de un monedero caído.

A las seis, el aire refulgía con la luz de los faroles, sobre un fondo oscuro y húmedo. También los rieles de los tranvías, los cristales de las ventanas y la brillante superficie de negros charcos dispersos en la calle relucían con la luz de los faroles, que también se reflejaba en la parte trasera del único coche de bomberos que quedaba y en las pálidas caras de la multitud congregada, con destellos dorados, además, en quienes llevaban gafas: la hermana St. Saviour, por ejemplo, de las Hermanitas Enfermeras de los Pobres, que había pasado la tarde en el vestíbulo del Woolworth's de Borough Hall, con la cesta de las limosnas en el regazo. En aquel momento volvía al convento, con la vejiga repleta, los tobillos hinchados, las redondas gafas dirigidas a la luz de un farol y el terrible olor del fuego apagado en el aire invernal.

Llevaba atada al cinturón la bolsa con el dinero recaudado aquel día; la cestita iba guardada bajo su capa y su brazo. La casa en la que se había producido el fuego parecía sobresaltada: las ventanas de los cuatro pisos estaban abiertas de par en par y el frío aire agitaba los cordones de las persianas y los visillos. Aunque el resto del edificio estaba oscuro, el vestíbulo en la cima del porche de piedra estaba extrañamente iluminado y atestado de policías y bomberos que portaban linternas. La puerta del frente estaba abierta, como también —parecía— la del piso del principal. La hermana St. Saviour solo quería seguir caminando, llegar a su convento, a su habitación, a su retrete —tenía los dedos fríos y los tobillos hinchados y la cestita que llevaba apretujada bajo el brazo le resultaba incómoda—, pero, aun así, pasó por entre la multitud y subió las escaleras. Una manguera flácida recorría la oscura base de la barandilla de piedra. Al vol-

verse a mirarla, dos de los agentes que estaban en el vestíbulo la saludaron llevándose la mano primero al sombrero y después se la tendieron, como si la hubieran llamado para que acudiera. «Hermana», dijo uno de ellos: tenía la cara colorada y sudorosa y ella vio, incluso con aquella tenue luz, que los puños de su chaqueta estaban chamuscados. «Pase por aquí.»

El piso estaba atestado de personas, tal vez todos los inquilinos de la casa. El olor a humo, cenizas mojadas, lana y pelo quemados formaba parte de los grandes haces de luz de velas que había en la habitación y del pesado zumbido de las conversaciones en susurros. Había dos grupos: uno estaba congregado en torno a un hombre de mediana edad, en mangas de camisa y zapatillas, que estaba sentado en una silla junto a la ventana y se tapaba la cara con las manos. El otro, en el extremo opuesto de la sala, acompañaba a una mujer tendida en un sofá oscuro, bajo una lámpara con flecos y apagada. Tenía un paño en la cabeza, pero parecía hablar con cordura al delgado joven inclinado sobre ella. Cuando vio a la monja, la mujer alzó una mano débil y dijo:

—Está en el dormitorio, hermana. —Su brazo, desde la muñeca hasta el codo, brillaba con un ungüento lustroso: tal vez mantequilla.

—Debería usted prescindir de esa grasa —dijo la hermana— salvo que esté decidida a entrar en el horno. —El joven se volvió, al oírla, y se rio. Estaba tocado con un sombrero flexible gris y su amplia sonrisa revelaba un diente de leche—. Tenga la cortesía de quitarse el sombrero.

Por su trabajo, la hermana St. Saviour entraba como si tal cosa en casas de extraños, más que nada enfermos y ancianos, y se paseaba cómodamente por sus habitacio-

nes, abría sus roperos o vitrinas con loza o los cajones de sus cómodas, se asomaba a sus retretes o escudriñaba los pañuelos manchados que tenían en las manos, pero la frecuencia con la que lo hacía no había disminuido, con el paso de los años, su impulso inicial a distanciarse, a cubrirse los ojos. Al pasar por el salón, bajó la cabeza y se internó por un pasillo estrecho, pero vio lo suficiente para concluir que allí vivía una mujer judía: la mujer del sofá, no le cabía duda, una mujer judía, se limitó a suponer, por la pantalla con flecos de la lámpara, el piano vertical pegado a la pared del fondo, los oscuros óleos del estrecho pasillo que parecían representar a dos campesinos sencillos y no a santos. No era una casa preparada para recibir visitas, sino paralizada, como solía ocurrir con frecuencia en casos de crisis o tragedias, en medio de una hora que debería haber sido de intimidad. Vio, al pasar, que en la mesita de la pequeña cocina había un plato con un trozo de pan mordisqueado y teñido con una salsa oscura y un vaso de té junto a un periódico doblado.

En el dormitorio iluminado con luz de velas, en el que otros dos policías estaban conversando en el rincón más alejado, había unas medias negras colgadas en el respaldo de una silla, una mezclanza de cepillos de pelo y pañuelos en la cómoda baja y un corsé gris en la alfombra raída al pie de la cama. En la cama había una joven tumbada de lado, con su falda oscura extendida en torno a ella, como si hubiera caído allí desde una altura. Daba la espalda a la habitación y miraba a la pared. Otra mujer estaba inclinada sobre ella y tocaba con una mano el hombro de la joven.

Al ver a la monja, los policías saludaron con la cabeza y el más bajo se quitó la gorra y se dirigió hacia ella.



También sus puños estaban chamuscados. Tenía una cara tosca, mal aliento y mala dentadura postiza, pero había compasión en el gesto con el que señaló con sus cortos brazos a la joven de la cama, al techo y al piso de arriba, donde había habido el fuego, una compasión que parecía pesar sobre sus extremidades: un buen corazón —pensó la hermana—, uno de los nuestros. Según dijo, la joven había llegado de la compra y encontró la puerta de su casa cerrada por dentro. Recurrió a sus vecinos, el hombre de la puerta contigua y la mujer que vivía en el piso de abajo, en el que se encontraba en aquel momento. La ayudaron a abrir la puerta a empujones y entonces el hombre encendió una cerilla para ver en la oscuridad. Hubo una explosión. Por fortuna, dijo el policía, él mismo estaba en la esquina y pudo apagar el fuego, mientras los vecinos bajaron a los tres allí. Dentro, en la cama, encontró a un joven, asfixiado: el marido de aquella mujer.

La hermana St. Saviour suspiró y se santiguó.

—Se habrá quedado dormido, el pobre —dijo en voz baja—. El piloto del gas debe de haberse apagado.

El agente miró por encima del hombro hacia la cama y después cogió del codo a la hermana. La llevó hasta el pasillo estrecho. Ya estaban en la puerta de la cocina; un cuadro vivo: el pan mordisqueado, la salsa oscura, el vaso de té rojizo en una mesita de madera, la silla apartada de la mesa (había habido una llamada insistente en la puerta), el periódico con sus torcidas líneas de tinta negra.

—Se ha suicidado —susurró el agente, con su mal aliento, como reaccionando ante la situación sobre la que debía informar—. Ha abierto el gas. Menos mal que

no se ha llevado a nadie consigo.

Acostumbrada como estaba a entrar como si tal cosa en la vida de extraños, la hermana aceptó la información con un discreto movimiento de la cabeza, pero en ese lapso, en el tiempo que simplemente tardó en volver la mejilla y bajar la cabeza, sus ojos desaparecieron tras el borde rígido de su cofia. Cuando levantó la vista otra vez —sus ojos, tras las gafas, eran pequeños y castaños y captaron la escasa luz como lo habría hecho una superficie dura, mármol o estaño negro, nada acuosa—, la realidad del suicidio quedó reconocida y descartada. Ella había arrancado pañuelos de los puños apretados de muchachas, los había abierto para ver la sangre mezclada con flemas y después había vuelto a cerrarlos y había movido la cabeza del mismo modo. Había entrado como si tal cosa en casas de extraños y había visto las botellas en el cubo de la basura, el escaso contenido de una despensa, una magulladura oculta; también había visto, en cierta ocasión, un pálido niño del tamaño de un pulgar en una palangana llena de sangre y, sin decir nada, había bajado la cabeza y la había movido del mismo modo.

—¿Cómo se llama la joven? —preguntó.

El agente frunció el ceño.

—Mc No Sé Cuántos. Annie, han dicho, de origen irlandés —añadió—. Por eso he pensado en llamarla a usted.

La hermana sonrió. Aquellos ojos diminutos tenían oscuras profundidades.

—Ah, ¿así? —dijo. Los dos sabían que nadie la había llamado. Iba camino de casa y simplemente pasó por allí. Bajó la cabeza de nuevo y le perdonó su vanidad: ¿acaso no había dicho que había apagado el fuego él

mismo?—. Entonces iré a verla.

Al alejarse, vio al joven con un diente de leche, aún tocado con el sombrero, acercarse al agente. «¡Eh, O'Neil!», gritó él. Ignoraba la cortesía.

Dentro del dormitorio en penumbra, la vecina que estaba junto a la cama tenía puesta la vista en otro sitio: en el crepúsculo, en el otro extremo de la revuelta habitación. Era una mujer gruesa, de unos cuarenta años. Seguro que había unos hijos aguardando a que los acostaran y un marido al que aplacar. No se podía esperar que una mujer con familia propia, con problemas propios, se ocupara indefinidamente de los pesares de otra.

Cuando las dos se intercambiaron sus puestos, la monja se limitó a saludar con la cabeza. En la puerta de la habitación, la mujer miró por encima del hombro y susurró: «¿Puedo hacer algo por usted, hermana?».

La hermana St. Saviour recordó la broma que había gastado en cierta ocasión a una monja joven que le había hecho la misma pregunta, en una mañana ajetreada. «Sí. ¿Puede ir a hacer pis por mí?»

Pero dijo: «No hace falta». Era lo que deseaba que oyese aquella Annie Mc No Sé Cuántos.

Cuando se marchó la mujer, la hermana se metió la mano bajo la capa y cogió la cestita de debajo de su brazo. Era una cosa endeble, tejida con hojas de palma sin bendecir y muy deformada por haber estado tanto tiempo apretujada contra su cuerpo. La enderezó y la arregló un poco, con lo que apreció el verde aroma que el calor de su propia carne y la labor de sus manos podía obtener a veces de su seca enea. Dejó la cesta en la mesa y desató la bolsa del dinero de su cinturón. Aquel día, habían sido solo monedas, peniques la mayoría. Metió

la bolsa en la cesta y después se sentó con cuidado al borde de la cama, con dolor de riñones y palpitaciones de los pies dentro de los zapatos. Miró las formas de aquella joven, la longitud de la espalda, la curva de su joven cadera y sus delgadas piernas bajo la ancha falda. De repente la joven se volvió en la cama y se lanzó al regazo de la hermana, llorando.

La hermana St. Saviour pasó la mano por el oscuro pelo de la joven. Era espeso y suave como la seda, con una belleza lujosa. La hermana le recogió el pesado moño que estaba deshaciéndosele en la nuca y le apartó un mechoncito de la mejilla.

De una cosa estaba segura la monja: el marido había tenido mucho cariño a la joven del pelo precioso. El amor no era el problema. Más probable era que lo fuese el dinero, el alcohol, la locura, el propio día y el tiempo: un atardecer de principios de febrero. ¿Acaso había un momento del año más indicado para sentirse desesperado? La propia hermana había tenido la misma idea aquel día, durante las largas horas de pedir limosna en aquel vestíbulo surcado por corrientes de aire. Estamos sintiéndolo todos —pensó, y se refería a todos los que pasaban por la calle y entraban y salían de la tienda con los hombros mojados y encorvados, todos los que la veían y aparentaban que no, todos los que le ponían mala cara y todos (aunque no demasiados en aquel día tan desapacible) los que se metían la mano en un bolsillo o en un monedero, al acercarse—, todos estamos sintiéndolo —pensó— en este valle de lágrimas: el peso del cielo bajo y la cansina lluvia, las húmedas profundidades de aquel invierno inacabable, el olor acre del vestíbulo, el tufo a azufre del metro, de las monedas de

cobre, del frío que se te metía tras el espinazo y te llegaba hasta la médula. Seis horas y media había estado sentada y pidiendo limosna, tan abrumada por el tiempo y la época del año que no había sido capaz de afrontar la humillación diaria de recurrir al servicio público de la tienda, por lo que había abandonado su silla una hora antes de lo habitual.

—Lo que debemos hacer —dijo por fin— es poner un pie delante del otro. —Era su acostumbrada expresión introductoria—. ¿Ha cenado usted?

La joven negó con la cabeza, apoyada en el muslo de la monja.

—¿Tiene usted algún pariente al que podamos llamar? Ella volvió a mover la cabeza.

—Nadie —susurró—. Éramos solo Jim y yo.

La hermana sintió el deseo de levantar un poco el hombro de la joven para eliminar la presión en su dolorida vejiga, pero se contuvo. Podía soportarlo un poco más.

—Va a necesitar un lugar en el que estar —dijo—, esta noche, en cualquier caso.

Entonces la joven apartó la cara y la levantó hacia la mortecina luz. No era ni tan joven ni tan guapa como había imaginado la hermana. Era una cara redonda y sin atractivo, hinchada por el llanto y cubierta con mechones de su precioso pelo mojados.

—¿Dónde lo enterraré? —preguntó.

La monja vio en sus ojos la determinación —no por la exhortación de la hermana, sino por su propia constitución— de poner un pie delante del otro.

—Tenemos una parcela en el cementerio de Calvary —dijo—. La compramos cuando nos casamos, pero ahora la Iglesia no lo permitirá.

—¿Tiene usted la escritura? —preguntó, y la joven asintió con la cabeza.

—¿Dónde?

—En el piso de arriba —dijo—, en el aparador.

La hermana tocó, con delicadeza, la mejilla de la joven. No era tan joven ni tan guapa como había imaginado, pero su cara ya le era familiar: el arco de las pobladas cejas, la ligera protuberancia del labio superior, la línea de lunares a lo largo de la mejilla. La desesperación había marcado aquel día. Ni siquiera Dios podía hacer nada al respecto... así lo creía la hermana St. Saviour, convencida de que Dios se había cubierto la cara con las manos durante todo el tiempo en que un joven en el piso de arriba había abandonado esta vida gris —collera y yugo— no por falta de amor, sino por la absoluta imposibilidad de seguir adelante, subir una vez más desde las profundidades de un frío día de febrero, una tarde oscura y menguante. Dios lloró, no le cabía la menor duda, incluso cuando ella se había levantado de su silla en el vestíbulo de Woolworth's una hora antes de lo habitual y había salido a la calle, en la que había un coche de bomberos, una multitud que se dispersaba, un farol reflejado en pequeños charcos, incluso cuando había subido las escaleras de piedra, con los pies doloridos, cansada y necesitada de un retrete, pero sin por ello dejar de subir, aunque nadie la había llamado.

Había visto la sombra de la aflojada manguera de bomberos a lo largo de la balaustrada, como la piel desechada de una gran serpiente, que debería haberle indicado que lo peor ya había sucedido.

En cierta ocasión, cuando era una monja joven, la habían enviado a un piso inmundo y lleno de niños des-

dichados, en el que una mujer esquelética, envejecida, descolorida y apenas humana por el dolor, estaba agonizando. «Ya nada se puede hacer», la había informado la hermana Miriam antes de que abrieran la puerta, y después —cuando entraron y se encontró con el espantoso olor animal de la descomposición, los roncós gemidos de la mujer, el tenso silencio de los niños hambrientos— añadió: «Haga lo que pueda».

—Su esposo se ha quedado dormido —susurró entonces la hermana St. Saviour—. La llama se ha apagado. Ha sido un día húmedo y desgraciado. —Hizo una pausa para cerciorarse de que la joven la había oído—. Él debe reposar en Calvary. Ustedes pagaron la sepultura, ¿verdad? —La joven asintió despacio con la cabeza—. Pues entonces allí es donde irá.

En sus treinta y siete años de vida en aquella ciudad, la hermana había trabado relaciones de amistad con diversas personas que podían eludir las numerosas reglas y reglamentos —las reglas eclesiásticas y las civiles y aquellas que la hermana Miriam llamaba las reglas de la sociedad educada— que complicaban la vida de las mujeres: las mujeres católicas en particular y las mujeres pobres en general. Era su pequeño Tammany, como lo llamaba la hermana Miriam.

Podía lograr que se enterrara en Calvary al marido de aquella mujer. Si se hacía lo bastante rápido, podría conseguirlo.

—¿Cuánto tiempo llevaban casados Jim y usted? —preguntó la monja. Le pareció que nombrar a aquel hombre representaba una pequeña resurrección.

—Dos años —dijo la joven mirando al techo, y después se pasó las puntas de los dedos por el vientre—.

Estoy embarazada de un niño que nacerá en verano.

La hermana asintió con la cabeza. Muy bien, Dios había apartado sus manos de su cara, en aquel momento al menos. Conocía el futuro.

—Muy bien —dijo en voz alta. En verano iba a haber un bebé al que cuidar. Por una vez no endosaría el asunto de los pañales y los vómitos a una de las monjas más jóvenes. Casi sonrió. De las profundidades (la expresión le llegó como un aroma fresco en el aire) surgió la promesa de un bebé en aquel verano: un perfume verde procedente de la enea seca.

La joven alzó una mano desde su estómago hasta su coronilla.

—Se había quedado sin empleo —dijo—. Lo despidieron de la BRT. Se sentía perdido.

La hermana apartó la mano de Annie del pelo —era un gesto dramático que anunciaba palabras dramáticas— y colocó las puntas de los dedos una vez más en su tripa, donde debían centrarse sus pensamientos.

—Podría ser mejor —dijo la hermana— que no se vaya de aquí esta noche. Voy a hablar con la señora de la casa. Vamos a arreglarlo.

En el salón, todos se volvieron hacia la hermana St. Saviour, como si de verdad la hubieran llamado para dirigir las operaciones. Se acordó que la señora de la casa —Gertler se llamaba— pasaría la noche con su cuñada, quien vivía enfrente. Como había quedado cortado el paso del gas y no se abriría hasta el día siguiente, la mayoría de los ocupantes del edificio iban a pasar aquella noche en otro sitio. En el vestíbulo, los vecinos estaban bajando por la oscura escalera con ropa de cama y bolsas en los brazos. La hermana mandó a decir, por



mediación de uno de ellos, al propietario de una pensión cercana que allí iría el hombre en zapatillas. El joven maleducado y tocado con el sombrero ya se había marchado, por lo que pidió al agente O'Neil que llamara a la puerta de cierto doctor Hannigan.

—Dígale que va de parte mía —dijo—. Pondrá ojos como platos, pero vendrá.

Hasta que todos se hubieron marchado y mucho antes de que llegara el doctor Hannigan, no se permitió la hermana recurrir al retrete. Aquel año había cumplido sesenta y cuatro años, pero la rigidez de la espalda y las rodillas y la artritis en las manos en aquellos días húmedos, por no hablar de la más reciente y arbitraria hinchazón de los tobillos y los pies, habían empezado a limitar su capacidad. Cada vez con mayor frecuencia la mandaban con la cesta a pedir limosna en lugar de atender a personas. Se guardaba para sí su insatisfacción sobre esas disposiciones, por lo que solo se quejaba ante Dios, quien sabía cómo se sentía y la había enviado allí.

Ayudó a Annie a desnudarse y ponerse cómoda en la cama de la señora Gertler y sujetó una vela por encima del hombro del doctor Hannigan, mientras este hacía un reconocimiento a la joven y le ponía un estetoscopio en el vientre y en el pecho, al inspirar.

Cuando se marchaba, le pidió que fuera al convento para decirles dónde se encontraba ella: «Para que no piensen que me han asesinado». Y también que hiciese el favor de ir al depósito de cadáveres para decirles que la funeraria Sheen and Sons se encargaría de los preparativos. Echó atrás la cabeza para verlo mejor, para asegurarse de que sus negros ojos estaban justo enfrente de los de él. Había algunos detalles —añadió— que le pedi-

ría que se reservara.

Más tarde, llegaron dos hermanas del convento con más mantas, dos botellas de agua caliente envueltas en trapos y una cena de panecillos, queso y té caliente, que la hermana St. Saviour comió en la silla que había acercado a la cama.

Dormitó con el rosario en las manos enguantadas y soñó —a causa del frío, seguramente, y el familiar y gélido dolor que le causaba en los dedos de los pies— que estaba en su silla de tijera y en el vestíbulo de Woolworth's. Se despertó dos veces sobresaltada, porque en su sueño la cesta llena de monedas se le deslizaba y caía del regazo.

Cuando se disipó un poco la oscuridad —por la blanca al amanecer pensó que el día sería menos gris—, se puso de pie y se dirigió al salón. Las dos hermanas que habían traído las provisiones, la hermana Lucy y una monja joven cuyo nombre no recordaba, seguían allí, sentadas una junto a otra en el sofá, dormidas, con sus negras capas ahuecadas, como gaviotas en un muelle. La hermana subió despacio, primero una planta y después la segunda, hasta encontrar el piso que había ardiado. Con la luz incipiente, era difícil decir lo que se había prendido con la explosión, aunque el olor a humo y lana quemada era muy intenso, y después vio en el suelo un abrigo de hombre, los cojines, calados, de un sofá de respaldo alto y los negros rastros de una gran quemadura a lo largo de la alfombra empapada. En la cocina, estaban los restos chamuscados de un par de cortinas de muselina y un arco de hollín a lo largo de toda la pared del horno. Pasó un dedo por él, tan solo para cerciorarse de que sería fácil de quitar. Lo que sería difícil de

eliminar —bien lo sabía— era aquel terrible olor que el aire nocturno había intensificado, seguro. Era el olor a cenizas y turba mojadas, a piedra húmeda y madera hinchada, propios de hogueras, naufragios y tierra removida de cementerios. Se dirigió a la única ventana de la estrecha cocina. El patio de abajo estaba invadido por las sombras y los movimientos de algunos pajaritos grises, pero contemplarlo la desalentó de un modo para el que no estaba preparada. Se sentó en el alféizar y levantó el trapo de cocina que había quedado allí.

Fuera, la mayoría de las ventanas de enfrente estaban aún a oscuras y solo había alguna lucecita aquí y allá: un obrero madrugador, una madre con un niño de pecho, el acompañante de un enfermo junto a su cama. A regañadientes, bajó la vista de nuevo hacia el patio. El sol tendría que estar muy alto en el cielo para iluminar aquella oscura maraña, pero incluso a aquella hora había una variación en las sombras que le llamó la atención. Era sin duda el movimiento de los pájaros, de un gato al acecho o de una zona de agua de lluvia encharcada que reflejaba el incipiente amanecer, pero por un momento pensó que se trataba de un hombre, que gateaba —se encogía, para ser exactos— bajo la oscura maraña de trastos y hojas muertas, y la nueva y tenue luz mostraba apenas el brillo —por el sudor— de su ancha frente y el destello de un diente o de un ojo.

Se estremeció y flexionó sus rígidos dedos. Alisó el trapo en su regazo y después lo dobló con esmero.

No pudo por menos de pensar que aquella falsa visión no era gratuita: Dios estaba mostrándole una imagen del joven, el suicida, atrapado en su ingrato purgatorio, pero rechazó esa idea. Era superstición. Era inmisericorde.

Era el propio diablo quien había dirigido sus ojos a aquella maraña, quien la tentaba para que desesperara. Esa era la verdad.

En el comedor, el aparador era tan grande como una barca. Encontró el contrato de alquiler y el certificado de matrimonio antes de poner la mano sobre la delgada carpeta azul en la que alguien había escrito —era una caligrafía masculina— «Escritura de Calvary». Se la metió en el bolsillo.

En el dormitorio, las ventanas estaban abiertas de par en par y las persianas enrolladas y un ceniciento tirador de cuerda se movía despacio por la brisa del amanecer, seguramente. La cama estaba hecha y las mantas alisadas: no había rastro del fuego, si bien había más hollín en la pared más alejada, ni tampoco de donde podría haberse tendido el marido. Comprendió al instante —por la compasión de sus gestos para con la joven tumbada en la cama y con el piso de encima— que había sido el agente bajito quien había acudido, después de que hubieran retirado el cadáver, para alisar la cama: uno de los nuestros.

La hermana levantó las dos almohadas, les quitó las fundas y las agitó bien —unas cuantas plumas cayeron por el aire— y después apiló las almohadas en la ventana abierta. Sacó las sábanas y las mantas y se detuvo un momento para quitarse las gafas y observar de cerca el zurcidito que notó bajo la mano —puntadas finas, según vio, hechas con esmero— y, a la familiar vista de manchas herrumbrosas en el cutí azul del colchón, dijo a Dios: «Así nos hiciste». Metió las sábanas en una de las fundas de las almohadas, que envolvió en una manta.

Al salir con la ropa blanca en los brazos, golpeó algo con la punta del pie y miró por encima del hombro para

ver qué era: un zapato de hombre de basto cuero marrón y bastante desgastado. Había dos al pie de la cama: muy abiertos y abandonados, con los negros cordones sueltos por el suelo. Los empujó con la punta del pie hasta que quedaron bien apartados.

Bajó la pila de ropa de cama por la estrecha escalera. La hermana Lucy estaba aún sumida en el sueño y su respiración era profunda. La hermana St. Saviour dejó caer la ropa en el sofá a su lado y, al ver que no bastaba para despertarla, tocó el zapato negro de la otra hermana con el suyo y notó claramente la repetición del movimiento: del zapato vacío del hombre, arriba, y del de la hermana Lucy, allí, aún ocupado por el mortal pie de su dueña.

—Te ruego que te sientes con la señora —dijo.

En el dormitorio, la monja joven —hermana Jeanne se llamaba— tenía el rosario en la mano y los ojos clavados en la pila de mantas y abrigos bajo los que dormía la joven. La hermana St. Saviour la señaló desde la puerta y la hermana Lucy y ella cambiaron de sitio. En el salón, la hermana St. Saviour dijo a la hermana Jeanne que iba a llevar la ropa de cama al convento para lavarla y volver a traerla, junto con un cubo y una escoba. Las dos iban a fregar punto por punto el piso de encima, enrollar la alfombra mojada, secar los suelos y reparar lo que pudieran para atenuar el regreso de la mujer al lugar en que había ocurrido el accidente, al apagarse el piloto del gas, pues había de regresar, en vista de que no tenía otro sitio al que ir y su niño iba a nacer en verano.

Los ojos de la hermana Jeanne se cubrieron de lágrimas ante aquella noticia. Las lágrimas sentaban bien a su húmeda y candorosa cara juvenil, como si la arcilla

no se hubiera secado aún. La joven monja, retiró, obediente, la ropa blanca del sofá. La hermana St. Saviour la acompañó hasta el vestíbulo y después la contempló bajar con tiento la escalera, con el fardo a un lado para poder ver dónde ponía sus piecitos. El cielo era incoloro, como también la acera y la calle. El fresco aire seguía oliendo a humo o tal vez fuese simplemente que el olor a humo no se había disipado de las ventanas de su nariz. Caían algunos copos de nieve. La hermana Jeanne era muy bajita y menuda, aun con su capa negra, pero había firmeza en ella, cierta seguridad tal vez, mientras se apresuraba, con el fardo en los brazos, pues había mucho que hacer. Tenía una edad —comprendió la hermana St. Saviour— en la que las tragedias no eran menos emocionantes que los idilios.

La hermana St. Saviour volvió al piso, se asomó al dormitorio para susurrar que no tardaría en volver y después bajó la escalera, a su vez. La funeraria Sheen estaba a solo ocho manzanas de distancia.